

IRIS



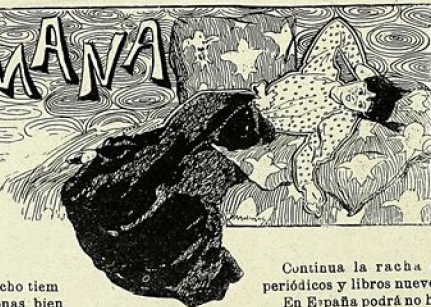
NÚM. 193

BARCELONA, 17 ENERO 1903

25 CENTS

Ayuntamiento de Madrid

LA SEMANA



El señor alcalde de Barcelona ha dictado una orden prohibiendo terminantemente que se fume en los tranvías y vayan en ellos más pasajeros de los que *racionalmente* pueden contener.

Era una medida que desde hace mucho tiempo venían reclamando todas las personas bien educadas, pues no cabía presenciar espectáculo más bochornoso que el que se ofrecía, y así hubieron de anotarlos en sus carteras más de cuatro curiosos viajeros de «extranjis».

Aun así, queda no poco que corregir; ya es un ciudadano que se instala en el estribo, como puestas allí para no dejar subir á nadie; ya otro que se sienta con las piernas esparrancadas cuanto puede, hasta formar un ángulo de noventa grados; ya un tercero que abre de par en par un periódico; y no deja ver al que tiene al lado.

Pero esto ya no es tan fácil de corregir, y probablemente hay aun para tres ó cuatro siglos antes de que penetre en la profundidad de los calientes lo que exige la *libertad*, entre cuyos atributos está el derecho á no verse incomodado.

En Barcelona, sin duda por la exageración individualista propia de sus habitantes, se advierten infinidad de cosas chocantes, y por lo mismo hay que aguantar igual cantidad de molestias. Hay barrios en que se diría no ha penetrado aun la noción de que «el que lleva la derecha lleva el derecho», y hay que detenerse á cada cuatro pasos para no tropezar con el que va por la acera que no le corresponde, y así muchas otras «incorrecciones».

Falta en una palabra, en gran manera, el sentimiento altruista, lo cual es un grave mal, y conviene por lo tanto que los que pueden remediar algún tanto las tendencias á mirar solamente por sí, y al prójimo contra una esquina, perseveren en su laudable campaña.

Decididamente se agrió lo del moro, de lo cual debemos alegrarnos todos. Por esta vez el gobierno ha debido renunciar á sus propósitos de desenterrar al Cid, y no parece por ahora que tengamos que ganar más batallas á «la morisma infiel». Como si muchos fueran quienes para abominar de la barbarie marroquí. Porque si allá los moros apedrean á los peones que plantan banderolas para los trazados de los caminos, aquí *lapidan* á los ingenieros que proyectan ferrocarriles, y apedrean los trenes. Y en cuanto á correr la pólvora, creo que no les vamos en zaga.

Continúa la racha de periódicos y libros nuevos.

En España podrá no haber grandes escritores ni grandes periodistas, pero se ve que hay *grafómanos* á centenares. Y constituye un verdadero misterio el paradero que deben tener los libros, ya que es rarísimo y de cada vez más escaso el número de compradores.

Poblaciones en que no hay apenas escuelas y en las que sería raro encontrar dos ó tres personas ilustradas, cuentan con uno ó más periódicos, y en las capitales sobran cuatro de cada cinco. De ahí la miserable vida que arrastran en su mayoría y la falta de interés que irremediablemente han de tener, ya que el personal está retribuido con un salario irrisorio y no hay dinero para una regular información, debiendo limitarse en su mayoría á copiar lo que ya han copiado otros de los tres ó cuatro *órganos* que podríamos llamar *primitivos*.

Y aun la información de esos dista mucho de igualar á la de los periódicos extranjeros, convirtiéndose todo en reseñas latosísimas de crímenes, corridas de toros y otros excesos, ó bien sobre sucesos del extranjero que malgasta la importancia que tienen para nosotros. Ahora mismo, con la cuestión de los Humbert y las trapisondas de la princesa de Sajonia ¡qué manera de llenar columnas! ¡Cómo si á nadie, á no ser al Sr. Cotarelo, se le importase un bledo de los ilustres timócratas parisienses y de la alteza alemana!

Si para enterarse de tan interesantes asuntos es por lo que se aboga en favor de la enseñanza obligatoria, no vale la pena de gastar el 16 por 100 de los arbitrios municipales en pagar á los maestros de instrucción primaria.

Comienzan á moverse los partidos para la campaña electoral próxima á inaugurarse, y vamos, ó van los otros, á oír cada discurso que, ni los que echaban por aquellas bocas Demóstenes y Cicerón; lo malo es que fuera de esos discursos no hay que esperar nada. En España los políticos no tienen más misión que hablar, hablar y hablar. Todos tienen por arquetipo á Moret.

ARGOS

EL VIAJE DEL DOCTOR QUIRNO COSTA

Según estaba anunciado, el domingo 4 del corriente llegó á Barcelona el vicepresidente de la República Argentina, D. Norberto Quirno Costa, en cuyo obsequio se había organizado una exposición de

productos españoles en el edificio llamado vulgarmente el *Casell dels Tres Dragons*, y destinado en un principio á restaurant del Parque.

El Sr. Costa pudo convencerse de los grandes adelantos realizados en la industria nacional, y fué muy agrasado por los socios del Fomento.

Al día siguiente se dignó aceptar el banquete que le había ofrecido el Ayuntamiento en el restaurant del Tibidabo, para cuyo punto se habían dado cita ininidad de personas, unas en carruaje y otras á pie. El señor vicepresidente se agregó á la comitiva en la plazoleta del funicular, des-



LOS COMENSALES

de donde se trasladaron todos á la cumbre de la montaña, en dicho ferrocarril, pudiendo admirar desde allí el soberbio panorama que se despliega á la vista del espectador.

Tanto el Sr. Costa como sus compatriotas los señores Portela, Arregaray y Cache declararon, poseídos de entusiasmo, que en pocas capitales del mundo podía admirarse un paisaje tan hermoso.

Sentáronse á la mesa, espléndidamente servida, ciento veinte comensales. Los brindis fueron, como es de suponer, la expresión del agradecimiento que sentían los argentinos por la cariñosa acogida que se les había dispensado, y por parte de los españoles la manifestación de los deseos que tenía la nación de estrechar los lazos con la gran república platense. Y como el Sr. Maristany manifestase que era inexacta la estadística que asigna á España el octavo lugar entre las naciones que comercian con la Argentina, respondió el Sr. Costa que se alegraría mucho de que se pudiese rectificar dicha estadística.

Por más que el señor vicepresidente debiese permanecer algunos días más entre nosotros, tuvo que salir precipitadamente para Niza la mañana siguiente por haberse puesto enferma una persona de su familia.

A. O.



BAJANDO DE LA CUMBRE



DE REGRESO Á LA ESTACIÓN



tunado solterón sujetarse á ninguna de las duras disciplinas del esclavo del trabajo. En el casino pasaba, pues, descuidadamente sus horas más gratas, no enlanguidecido por la ociosidad, ni aguijoneado por el ansia de interesadas ambiciones, sino consagrado á instructivas lecturas, á recreos pacíficos, á higiénicas prácticas, á largas cavilaciones sobre las miserias de este mundo. Y era éste último un ejercicio intelectual que le complacía sobremediana. especialmente cuando, después de apetitosa comida, recostado en blando diván, saboreaba suave y oloroso cigarro, viendo como iba convirtiéndose poco á poco la parda y retorcida hoja de tabaco en humo azul y bullicioso, y el humo, como se apresuraba á disiparse, perdiéndose á lo lejos, semejante á las ardientes y sonrosadas nubes que surgen y se desvanecen en nuestra fantasía, y á las que damos el nombre de ilusiones.

Por estos gustos de soñar y algunas señales no comunes de su carácter era considerado D. Genaro, juzgándole superficialmente, como hombre raro y excéntrico. Y no contribuía poco á imbuir en el



vulgo semejantes ideas, entre otras costumbres del solterón, la que tenía de retirarse tarde, solo y á pie á su casa, cruzando paseos desiertos, pudiendo disponer de su coche, ó ser acompañado por alguno de sus servidores ó amigos. Pero ésto se encogía indiferentemente de hombros ante la advertencia de cualquier inesperado peligro. Frisando en los sesenta años, conservaba no obstante su cuerpo, largo, erguido y enjuto, vigores y agilitades propias de una edad más lozana.

—¡No temo á nadie!—decía, en tono viril, pero sin jactancia.—Y además, en caso preciso,—añadía,—¿no poseo estos puños?—y mostraba los suyos fuertes y vigorosos.—¿y no llevo aquí mi leal camarada?—é indicaba una pistola de dos cañones, que guardaba en uno de sus bolsillos.

Y sobre todo ¿por qué no declararlo? D. Genaro experimentaba refinadísimo placer en correr aventuras. El sentía algo así como la nostalgia de sus días juveniles, trascurridos entre las siniestras tempestades de la indigencia más desesperada. Y las noches crueles, esas noches en que los desheredados de este misero suelo no suelen encontrar más alivio que dirigir sus ojos, velados por las lágrimas, hacia arriba, hacia los astros, tan brillantes, y también tan impasibles, como los poderosos señores de la tierra, recordábanle fechas y períodos de su existencia, eternamente grabados en su memoria.

Goza el náufrago, ya en salvo, en volver á navegar por los mares en que se vió á pique de hundirse en los abismos. Goza el acusado de un crimen, del que fué absuelto, en visitar el calabozo, donde el injusto dolor trazó arrugas en su faz y sembró de canas sus sienes. Goza el amante, deshecho un día, pero al fin dichoso, unido á su adorada, en fre contar los lugares que fueron teatro de sus sufrimientos. D. Genaro gozaba también en aquellas excursiones nocturnas y apartadas. Traíanle á la mente negras páginas de su vida.

Emprendió, pues, como de ordinario, el camino de su morada. La noche era una de las de enero,

fria, serena; y aquel contraste entre lo confortable de las salas del casino y lo despacible del ambiente de las calles, acentuó en el ánimo del caballero ciertos enternecimientos ante las desdichas humanas.

—¡Qué horrible mundo es este!—dijo casi en voz perceptible, hallándose al paso, enroscada en el rincón de una puerta cochera, á una viejecita.

Cubríanla andrajos. Los andrajos envolvían solo un esqueleto. Su cara seca, pajiza, inexpresiva, era la de una momia. ¿Dormía? ¿Estaba muerta? D. Genaro, sacando la enguantada mano de uno de los bolsillos del largo y grueso gabán, urgó levemente con el bastón el harapiento cuerpo de la perdonaria. No; no dormía con el sueño del que nunca se despierta. Incorporóse asustada la vieja, temiendo que la desalojaran de aquel su único, aunque mezquino albergue. Pero la tranquilizó D. Genaro, entre gándola unas monedas. Y sin esperar las nuecas de gratitud exaltada de la vieja, prosiguió él su marcha. ¿Iba contento? No del todo.

—Se que acabo de ejecutar una acción buena,—se dijo.

—Pero esta obra ¿qué situación resuelve, qué porvenir determina, qué conflicto salva? No; la caridad, nuestra caridad, la que ejercemos todos, y de la que todos nos engrimos, y con la que todos quedamos satisfechos, no es más que una forma de la vanagloria. ¿Qué sacrificio ha sido el mío al desprenderme de ese dinero? Ninguno. Quizás mi limosna hará más desgraciada á esa miserable. En esta noche tendrá despílfarros, pues siempre tras del hambre vino la orgía. Pero, mañana, su miseria será más espantosa... No. Hay que hacer algo más. No basta regar un instante un árbol sediento, si está además enclenque y torcido. Hay que devolverle la salud; hay que ponerlo derecho. Avanzaba, abstraído en estas reflexiones, el filantrópico caballero, cuando advirtió que ya caminaba en medio de la soledad más comprometedor. Interminable vía, flanqueada de pinos y acacias, abríase á su frente. Masas de sombras apiñábanse á un lado y otro; y la misma diafanidad de la atmósfera y la propia llama ofuscante de los faroles públicos hacían resaltar con más vigor las tinieblas en aquellos parajes, que no acertaba á herir ningún rayo luminoso.

De pronto, saltando como un tigre de su antro, de la profundidad de estas negruras, apareció ante D. Genaro un mozo, quien con navaja en mano, y en actitud amenazadora, le dijo: —¡La bolsa ó la vida!

Detúvose, más sobrecogido por la sorpresa que por el miedo, D. Genaro, y soltó una carcajada.

—¿La bolsa ó la vida?—repuso con acento burlón, aunque entero.—Vamos, muchacho, sosiégate. La cosa no es para tanto... Ya ves; tú eres quien tiembles; yo quien me río... Creyérase que yo era el ofensor y tú la víctima... Bastárame, sin embargo, lanzar dos voces para recibir auxilio al momento. Bastárame esgrimir mis puños para hundirte dos costillas. Bastárame disparar esta pistola para atravesarte el cráneo... Si te mato ¿qué alcanzo con tu muerte? Una victoria efímera, un remordimiento eterno. Y si te entrego mi dinero y mis alhajas ¿para qué te sirven? Para continuar tu depravada carrera... No. Voy á hacer algo más provechoso contigo. Voy á llevarte á mi casa. Voy á educarte, á instruirte. Quiero ser la mano que te levante del fango... Y para que no dudes de mis intenciones, para darte garantías de la lealtad de mis palabras toma mi pistola, mi reloj, mis sortijas, mi alfiler de corbata, mi bolsa.

Y presentando al ratero cuanto iba sacando, á medida que lo enumeraba, notó en él vacilaciones que auguraban saludable arrepentimiento.

—¿No quieres ya lo que me exigías?—le preguntó.—¿Prefieres mi amistad protectora?

Bajó el ratero la cabeza, y dejando caer de la mano la navaja, exclamó con voz conmovida:

—¡Me ha desarmado usted, caballero!... No soy un criminal, sino un desventurado... Iré á donde usted me lleve... Usted será mi padre.

Entonces D. Genaro, acercándose á él, le echó los brazos, y hablándole en términos afectuosos, le exhortó á seguirle. Y ahora sí que marchaba contento el humanitario señor, pues, habiendo rescatado una perla de medio de la escoria, se preparaba á pulirla, á ostentarla á la sociedad, como uno de sus más galanos ornatos...

Si todos hicieran como D. Genaro, el problema de la educación social estaría resuelto, y habría menos desgraciados y menos criminales en el mundo.

JOSÉ DE SIENES





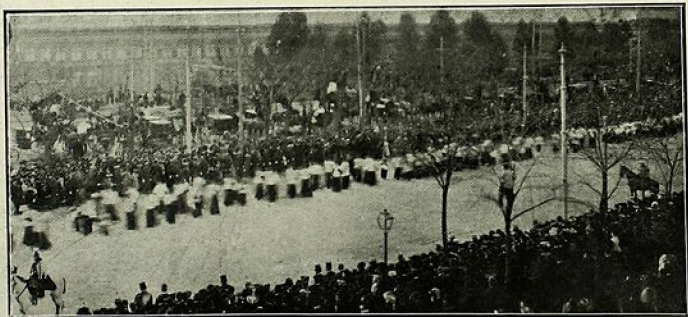
EL FALLECIMIENTO DEL SR. SAGASTA

La enfermedad que venía sufriendo desde hacía algunos días D. Práxedes Mateo Sagasta, tuvo funesto desenlace el día 5, vispera de Reyes, en que dejó de existir.

Imposible nos sería poder decir nada nuevo acerca del ilustre expresidente del Consejo de Ministros después de las extensísimas necrologías publicadas por la prensa diaria, por lo cual nos limitaremos simplemente a recordar que nació en Torrecilla de Cameros el año 27; que fué ingeniero de caminos, que conspiró valientemente y fué condenado á garrote por los sucesos del 22 de junio; que fué ministro durante la interinidad revolucionaria, durante la Regencia, durante el reinado de Amadeo, durante la *res pública* de 1874, y posteriormente presidente del Consejo bajo D. Alfonso XII, bajo la Regencia de D.^a María Cristina y bajo D. Alfonso XIII, de tal manera que no ha habido quien haya sido ministro tanto tiempo.

También se ha de decir que fué, al principio de su carrera, progresista puro, y que andando el tiempo fué jefe de un partido que recibió el nombre de *constitucional*, y posteriormente el de *fusionista*, y después *liberal*.

Pero esto es solo un decir; el Sr. Sagasta hizo como aquel fraile que, deseoso de comerse una magnífica perdiz, un viernes de cuaresma, sin infringir los mandamientos de la Iglesia, la bautizó con el nombre de «trucha». Y así, no comió perdiz, sino trucha.



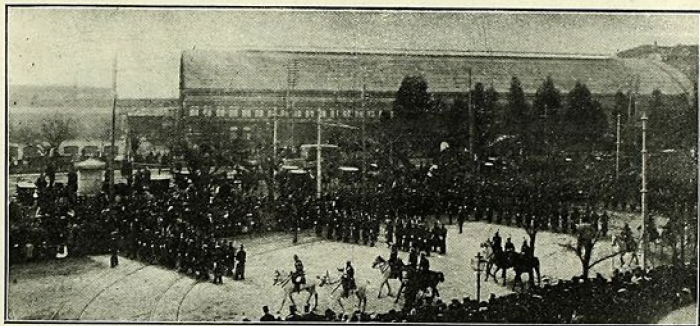
PASO DEL CORTEJO FÚNEBRE: EL CLERO

Quiérese decir que esto de *liberal* no era más que un rótulo; cuestión de fachada. En el fondo, Sagasta fué tan conservador como Silvela, y más que Cánovas.

Dicen los que le trataban que era amabilísimo, pero los que no tuvimos ese honor, sin negar en lo más mínimo tan recomendable cualidad, no podemos reconocer que se mostrara precisamente muy amable con los cantonales deportados á las Marianas el año 1874, ni con las víctimas de Río Tinto, Gamonal, Montblanch, etc., ni con los *donostiarras*, cuando aquello del *Guernicaco Arbola*.

Era personalmente honradísimo, como lo demuestra el hecho de no haber dejado más bienes que una casa en Avila y dos en Chamberí, evaluadas todas en conjunto, en sesenta mil duros, pero ello es que si la opinión pública reconoce esta verdad no sucede lo mismo con otros, amigos y paniaguados, á quienes supone más ó menos aficionados á ciertos procedimientos.

El Sr. Sagasta no pretendió nunca pasar por hombre ilustrado; sin embargo, fué elegido individuo



LA COMITIVA DIRIGIÉNDOSE Á LA BASILICA DE ATOCHA

(Fot. de José Bueno)

de la Academia de las Ciencias, y su discurso de recepción versó cerca de la historia de estas corporaciones.

El tema sorprendió grandemente á muchos, que no sospechaban en el digno recipiendario tanto conocimiento de las Academias. Pero á veces, como ya es sabido, debajo de una mala capa se esconde un buen bebedor.

El difunto expresidente tuvo una suerte loca, en medio de todo. Cuando caía del poder salía siempre, como suelen decir en Aragón, por la puerta de los carros. Unas veces le derribaba el escándalo de unas elecciones ganadas con el auxilio de la partida de la porra y con el amaño de inventar pueblos que no existían en el mapa; otras se veía lanzado por una *botaratada*, como la de Sagunto, ó por un motín como el del *Resúmen*, ó como decía cierto ilustre marqués: «Esta vez caeremos por Zabalzas» (ignoramos lo que quería significar con eso).

La frase más célebre del Sr. Sagasta fué aquella del *rosicler*, emitida cuando nació D. Alfonso XIII. Bajo su gobierno, ocurrió lo de Melilla, lo de Baíre, la declaración de guerra á los Estados Unidos, la derrota y la firma del tratado de París.

Todo lo cual no impidió que en el certamen imaginado por un apreciable colega saliera proclamado el Sr. Sagasta como el mejor político de España. Verdad es que según el mismo concurso el mejor general era Weyler y el mejor literato D. José de Echegaray.

El entierro de D. Práxedes Mateo Sagasta fué, como decían los periódicos, una verdadera manifestación de duelo.

Quisiéramos, sin embargo, se nos dijera cuando ha sido un entierro ninguna manifestación de júbilo, á lo menos en apariencia.

Desde el año 1868 hasta el año 1903 van treinta y cinco años. Durante este tiempo casi siempre fué ministro el Sr. Sagasta, y sin embargo, sobrarian muchos dedos de una mano para enumerar lo bueno que le debe España.

En paz descansen.



MUERTA.

Ayuntamiento de Madrid

H
Maga
D
fios;
jos d
pasio
A
tando

una
trato
ridic
de ce
grote
hay

Y
Po
A
do, A
avan
suyo

Al
del d
no le

A
dad N
quis
mied

El
U
vers

—
Ma

fin, s
Pe
la qu
En
mans
sus v



MAGDALENA

Hija de un modesto empleado en la Administración económica de una provincia de tercera clase, Magdalena llamaba la atención por su extraordinaria belleza y por su despejo.

Desde muy tierna edad había crecido entre los mimos de los propios y las alabanzas de los extraños; y así los sacrificios que, en obsequio de ella, se imponían los primeros como las lisonjas y agasajos de los segundos, habían hecho que, en el corazón de la joven germinase y se desarrollara una de las pasiones más perniciosas para la mujer: la vanidad.

A los diez y ocho años, Magdalena, huérfana de madre, pasaba horas enteras ante el espejo, adoptando actitudes llenas de coquetismo, y decía para sí con tristeza:

—¡Soy bella! ¡Sí! ¡No cabe duda! Pero ¿de qué me sirven mis atractivos? Encerrada en un rincón en una mala ciudad, que parece un villorrio; entre gente de aspecto extraño y rancias costumbres, sin trato social, ¿cual puede ser mi porvenir? ¡Quedarme para vestir imágenes ó casarme con uno de estos ridículos provincianos que pasan seis días de la semana muy preocupados por las cosechas de trigo y de cebada, por el vino, por la matanza y otras cosas igualmente poéticas; y que el domingo se acicalan grotescamente para ir á misa y pasear por la tarde en la carretera, donde la mayor parte del año no hay más música que el granizado de las ramas en las inmediatas charcas. ¡Qué infeliz es mi suerte!

Y de los hermosos ojos de Magdalena brotaban lágrimas de despecho, casi de desesperación.

Por fin, un día creyó haberse alarmado sin motivo.

A la Administración económica donde el padre de la joven era oficial cuarto; fué jefe de un negociado, Alfredo López, hombre de unos treinta años, de arrogante figura y osado carácter, y que había avanzado extraordinariamente en su carrera gracias á dichas condiciones y á la protección de un tío suyo que, cuando no era ministro se hallaba en candidatura para serlo.

Alfredo vió casualmente á la joven, prendóse de su belleza, de su distinguido tipo, muy diferente del de las otras sencillas provincianas, y resolvió añadirla á la lista de sus numerosas víctimas, lo cual no le fué difícil lograr, pues, por lo dicho se comprende que la masa estaba bien preparada para ello.

A las pocas semanas después de hecho el conocimiento entre ambos jóvenes, desaparecieron de la ciudad Magdalena y Alfredo, quien previamente había dimitido su destino, y fueron inútiles cuantas pesquisas para averiguar el paradero de su ingrata hija, hizo el padre de ésta, que por vergüenza y por miedo al escándalo no se atrevió á dar aviso á las autoridades.

El anciano limitóse á pedir su traslado á otra provincia, lo cual logró con facilidad.

Un año después, una mujer vestida de negro, llamaba á la puerta de la casa del empleado y, al verse en presencia de éste, arrojábase á sus pies, exclamando entre sollozos como el hijo, ródigo:

—¡Padre! ¡Pequé contra el Cielo y contra tí! ¡No soy digna de llamarme tu hija!

Magdalena confesó á su padre todas sus culpas; refirióle como se había dejado seducir y como, al fin, se había visto abandonada... ¡Y el padre perdonó, pues los padres siempre perdonan!

Pero el golpe había sido muy rudo para el anciano, que no tardó en bajar á la tumba, á reunirse con la que había sido su dulce compañera.

En cuanto á la joven, curada de su vanidad y deseosa de enmendar sus yerros, ingresó en las hermanas de la caridad y edificó á sus compañeras y á cuantos la conocieron, por su arrepentimiento y sus virtudes.

EDUARDO BLASCO

CALEFACION BARATA

—No le des vueltas, Prisciliano; hay que pensar seriamente en templar estas habitaciones; porque la estación está muy adelantada.

—Sí; pero yo, en cambio, estoy muy atrasado.



¿Cómo voy á comprar aparatos de calefacción, si debo todavía los baños de mar que tomaste en la cocina durante el mes de agosto?

—Pues, hijo, si los domingos no tenemos el salón bastante calefacto, nuestros tertulios emigrarán.

—No, querida Nieves; tú exageras. La casa no está tan fresca como tú supones.

—¡Muchas gracias! ¿Con qué no? ¿Pues á qué se debe sino al frío la congelación de la nariz del gato? ¿Por qué no canta la Heliodora? Porque tiene un resfriado que no se puede lamer, aunque quiera. Esta casa es un ventisquero, querido Prisciliano.

—Hija mía, tú dirás lo que gustes; pero el termómetro...

—¡Siempre salimos con el termómetro! ¡Valiente chisme! Ni calienta, ni Cristo que lo fundó.

—Pues bien sabes que cuando te lo enseño, el mercurio está arriba.

—¡Toma! ¡Porque lo empujas con el dedo!

—Bueno, bueno; pues, como siempre te has de salir con la tuya, templaremos el salón de alguna manera. Pero solamente los domingos, ¿eh?

—Corriente. ¿Y qué sistema empleamos?

—Tú dirás.

—El brasero no pega.

—¡Claro! Como que no hay braseros de cola.

—Y aunque los hubiese no pegarían. De cola es nuestro piano y sin embargo no pega. Pero déjate de chistes inoportunos y hablemos en serio. El brasero parece que pide una camilla que lo cubra, y una sola camilla es muy poca protección para tanta gente como acude á casa.

—Es verdad.

—¿Y un *chouberski*?

—Esas son palabras mayores, hija mía. Un *chouberski* de buena casta no baja de cien pesetas; y sobre el coste del artefacto vete trayendo á casa quintales de cok

—¿Yc?

—El carbonero que es igual.

—No es igual; pero en fin dejémos de estas, porque efectivamente no están á nuestro alcance.

—Pues algo hay que hacer, y pronto, querida Nieves. Porque con la sala como un sorbete no es posible que el domingo cante Purita el rondó de la *Sonámbula*, ni que toque Ramona la pieza del Barbero, ni que recite Juanito Piltráñez sus quintillas al *Amor comprimido*, ni que nos vuelva locos con los naipes el brujo de Soplínez, ni que las chicas y los chicos se entreguen á ese vals modernista en que parece que á la vez que bailan sacan agua con una bomba.

—¡Calla!

—Callo.

—¡Qué gran idea se me ocurre!

—Parece mentira.

¿Qué es ello?

—Que no debemos abrigar ningún temor.

—Lo que debemos abrigar es la sala.

—Pues precisamente se me ocurre que no debemos abrigarla; por que maldita sea la falta que hacen los caloríferos.

—¡Oh económica ocurrencia!

—Nada; los mismos concurrentes son capaces



no solo de no sentir frío sino de poner nuestras habitaciones al nivel de los altos hornos.

—¿Lo dices porque vivimos en cuarto piso?

—No; verás por qué lo digo y me darás la razón. ¿A qué ninguno de nuestros amigos nos pide fuego? Y si no, pasémosles revista: D. Fabián Hormiguillo está en continuo movimiento. Ni á él le dejan en paz los nervios, ni él nos deja las sillas en

paz. Ya sabes que nos ha roto nueve desde octubre, y que debido al tragín que trae, no solo llega á sudar, sino que hace sudar á todo el que le mira.

—Es cierto.

—D. Hilarión Mocsjón, en cambio, no se mueve; pero ya sabes que en cuanto se le pone á tiro cualquier contortulio discute con tal calor sobre política ó sobre cualquier cosa, que se sofoca inmediatamente; y ¿me quieres decir si un hombre sofocado se acuerda de que puede haber

que honran nuestra choza unos están quemados, otros echan chispas, otros no se están quietos, otros se abrigan con el sol de unos ojos viudos, otros se sofocan y otros arden en los rincones á impulsos del amor ¿quieres decirme para que diantes necesitamos caloríferos?

—Para nada, querida Nieves.

—Lo único que siento es el frío que yo padezco; por que á mí no me llegan todas esas sofocaciones de la tertulia.

—Pues, hija, no es cosa de comprar una estufa para ti sola. No,

Nieves; existiría el peligro de que te me, derrieras en plena reunión y te convirtieras en un charco con ranas y todo.

Y por mi parte ya sabes que suelo tener la cabeza caliente y los pies fríos; así es que envolviéndome en el mapa de la América del Sur que tengo en el despacho... asunto concluido. Pero tú has dado en el clavo, esposa mía. ¿Gastarnos el dinero en calentar la sala cuando maldito si lo necesita? ¡Qué disparate! Siga la danza... ¡y á vivir!

JUAN PÉREZ ZÚRIGA

(Dibujos de Karikato)

chimeneas en el mundo?

—También es verdad.

—Pepito Pelusín, que se pasa toda la noche hablando con su adorada Rosita en el rincón de la palmera, y Lolita y el teniente, que hacen lo propio en el rincón de enfrente, rebosando amor, sin cuidarse del prójimo, en lo que menos piensan es en la falta de lumbre. ¿Qué más fuego necesitan que el que llevan por la parte de adentro?

—Así es. Me has citado cuatro corazones que son otras tantas hornillas.

—Pues añade á esto los ojos incendiarios de la viuda de Palangáñez.

—¡Qué ojos! Son los únicos para calentar contortulios.

—Bueno, Prisciliano; basta con que lo diga yo.

—Prosigue.

—Por otro lado tenemos á D. Pedro, que ya sabes que echa chispas en cuanto ve entrar á López, porque López aun le debe los treinta duros de marras; y no hay que olvidar á D.^a Encarnación Quisquillez, señora que por todo se quema, y especialmente cuando vé que los ojos de su marido se van tras los de la viuda. ¿No es exacto?

—Exactísimo.

—Pues bien; si entre los amigos





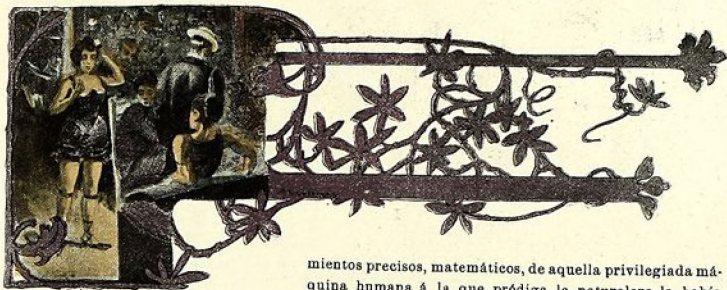
Flick, el hombre de goma, el prodigioso acróbata cuyos saltos inauditos eran la comidilla de todos los cafés y tertulias, la alegría de los revendedores de localidades, la tabla de salvación de los empresarios, el ídolo del populacho, iba a dar aquella noche, la última que trabajaba en la ciudad, el más sorprendente de todos sus saltos, el salto mortal doble dando tres vueltas a la pista: así rezaba con grandes letras, mitad rojas, mitad verdes, en los carteles, prodigados con insólita abundancia por la empresa, que aparecieron aquella mañana pegados, por todas partes, en la esquina del céntrico y aristocrático palacio del centro de la ciudad, y en el muro sucio y medio derruido que continua los desmontes del ensanche: Flick, el hombre de goma, dará el salto mortal doble. ¡Tres vueltas a la pista! Por última noche. El insuperable Flick y la Bella Korina. ¡Última noche definitivamente!

¿Quién era la bella Korina? Korina era la mujer de Flick. Pálida, rubia, de ojos azules, de mirada felina; salía con él a la pista, atravesaba los aros y dejaba admirar aquel cuerpo menzucio y delicadamente modelado; parecía una muñeca con su traje fantasía de gasa azul y, según las lenguas viperinas de la ciudad, su cuerpecito de muñeca tenía no poca parte en el ruidoso triunfo del afortunado titiritero.

El público, ese público heterogéneo, prudente y comedido a ratos, grosero y soez como si estuviera presenciando el suicidio de un novillero novel, llenaba las anchas gradas del circo; en los palcos las blancas y almidonadas pecheras y los atrevidos descotes de las damas, sobre cuyas carnes marmóreas se destacaban valiosísimas joyas, indicaban que se había dado cita allí lo más linajudo y elegante de la ciudad; en las sillas un público mixto en el que se codeaba el burgués acomodado con el torero a la moda, el bolsista con el hombre de letras, completando el total de los espectadores que aguardaban impacientes la aparición del prodigioso saltador. En la primera fila de sillas, junto al pasillo por donde salían los artistas, un joven alto y elegantemente vestido, uno de tantos Tenorios de flor en el ojal, leía distraídamente una revista dirigiendo miradas de impaciencia a la puerta que debía dar paso a los ejecutantes.

Terminaba el descanso. El espectáculo, momentáneamente suspendido, iba a continuar. La orquesta preludió con sus chillones instrumentos de viento un trozo de una zarzuela popular, pasó un número con marcada indiferencia de los espectadores; el momento deseado llegó al fin: entre los artistas de la compañía formados en dos filas a ambos lados de la puerta, apareció Flick dando la mano a Korina, alta la frente, radiante de alegría, en medio de las aclamaciones del público que tributaba los más calurosos aplausos a su ídolo. El artista dió principio a sus ejercicios que el público presenció con visibles muestras de agrado. La expectación crecía; el momento por todos esperado con impaciencia, había llegado: Flick iba a ejecutar el doble salto mortal dando tres vueltas a la pista.

Todos los espectadores, como obedeciendo a una sola voluntad, estaban en silencio; todos estaban pendientes de aquellos miembros fornidos; nadie hablaba; nadie se curaba de lo que pasaba fuera de la pista; la gente de la galería alargaba el cuello por encima de las cabezas; las damas daban vueltas al tornillo de sus gemelos para enfocar mejor; no se veían más que bocas entreabiertas, ojos que escribían atentos los menores movimientos del atleta; aquí se oía una respiración entrecortada para prestar más atención; allí una tos ahogada para no provocar protestas ó el movimiento de uno que toma una postura en que ve mejor: parecía que todas las vidas de aquella gente estaban pendientes de aquellos miembros ágiles y poderosamente modelados, que solo estaba su salvación en los movi-



mientos precisos, matemáticos, de aquella privilegiada máquina humana á la que pródiga la naturaleza la había dado tan excepcionales facultades.

Korina, colocada delante del joven que ocupaba la primera fila de sillas inmediata á la puerta de salida de los artistas, no parecía preocuparse mucho de la creciente admiración del público y dirigía al galán insistentes miradas que este la pagaba extasiándose en la contemplación de su figura con el placer que un cazador contempla la pieza que ha matado con su escopeta; bien dejaban ver, en medio de su disimulo, su amistad deshonrosa para el aclamado Flick.

Flick avanzó al centro de la pista con lentos y majestuosos pasos, saludó echando un pie hacia atrás y abriendo los brazos sobre el pecho, como es uso entre los artistas de circo y, luciendo su figura arrogante, como un gladiador que va en busca de su contrario.

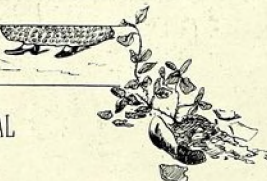
Extendió horizontalmente ambos brazos, afianzó su cuerpo sobre el pie derecho; todos sus músculos se marcaron; parecía una cariátide de Miguel Angel, y haciendo un esfuerzo poderoso, se lanzó al aire conservando con un salto de costado, valiente y atrevido, su portentosa carrera. Korina aprovechó este momento: dió unos pasos atrás, sacó de entre los pliegues de su vestido un billete perfumado, que el joven se apresuró á recoger. La suerte no les favoreció en su criminal intento: uno de los labrados aretes que Korina lucía en sus brazos se trabó en la gasa de su vestido; azorada, enseñando en su turbación el billete acusador, sin saber lo que hacía se apresuró á desligar la malhadada pulsera. Flick pasaba delante de Korina dando término á su carrera prodigiosa. Un aplauso unánime y espontáneo empezaba á resonar en el circo. El atleta al ver aquella carta, prueba de su deshonra, vaciló, sus ojos brillaron un instante en su cara amoratada por el esfuerzo, parecía que se iba á desplomar rendido; fué un momento angustioso, trágico; los espectadores de la galería adelantaban la cabeza para ver mejor; los más inmediatos intentaron levantarse de sus sillas, todos pensaban verle caer: no fué así: Flick arqueó las piernas, marcó fuertemente los músculos de su torso poderoso, y, rechinando los dientes de rabia, continuó sus sorprendentes saltos como si quisiera ahogar en el vértigo la tempestad de su alma.

Un murmullo ahogado salió de la galería. La admiración del público por el hombre de goma no podía ser mayor.

Este, con el rostro azulado por la fatiga, los ojos brillantes, los músculos en su máxima tensión, parecía que iba á romper su piel, roja por el esfuerzo, y chorreando sudor por todos sus poros, continuaba dando saltos y más saltos hasta que extenuado, rendido de fatiga, cayó como un roble descuajado por la tormenta en la arena de la pista, frente á los adúlteros, cogiendo al caer con la mano temblorosa el billete, prueba de su deshonra, que llevó á su boca mordiéndola con saña, mientras miraba á los criminales, con los ojos velados por la agonía, como diciéndoles: — Como estrujo entre mis dientes esta carta, os estrujaría entre mis dedos de acero.

Mientras tanto, el público premiaba con un aplauso unánime y ensordecedor al desdichado Flick que moría, en lo más alto de su gloria, y en lo más hondo de la desesperación.

RICARDO C. MATEO.



LA ELEGIA DE UN ROSAL

I

¡Otra paradita! ¡Qué tío más cargante! ¡Y todo, para pregonar esos orgullosos claveles! ¡Cómo si ellos solos, fueran sobre el borriol! ¡Imbécil, acuérdate alguna vez de las rosas, que también son hijas de la primavera! ¡Ni por esas! ¡No oyes que te llaman? ¡Es aquel joven, que viene corriendo hacia nosotros! ¡Qué simpático es! ¡Si le gustarán mis flores, y me sacará de este maldito serón? ¡Habla de mí? ¡Sí, ha preguntado que cuanto valgo! ¡Qué soy muy cara! ¡Hombre, no te fijas en real más ó menos! ¡Qué da, dos pesetas! ¡Vacias enérgumeno? ¡Y aun no hace una hora, me dabas por ses reales! ¡Le pide para una copa! ¡Qué donde tiene que llevarme? ¡Por fin se decide! Pero, ¿qué hace mi comprador? ¡Ah, está escribiendo las señas de mi casa! ¡Qué las vas á perder! ¡Más vale que las pongas sobre la tierra que cubre mis raíces! ¡Ni que me hubiera oído! ¡Haber si consigo leer la tarjeta! «Señorita María N.: Muelle de Churruca, número ***, piso bajo.» ¡Qué ganas tengo de llegar! ¡Sí, esta es la casa! ¡Qué rejas tan bonitas! ¡Ahí sí que voy á estar bien! ¡Cuánto tardan en abrir! ¡Caramba, que muchacha más hermosa! ¡Qué dice mi exdúeño! ¡Qué me trae desde muy lejos! ¡Qué ya le podían dar para tomar una copa! ¡Otra vez? ¡Borracho! ¡Gracias á Dios que te pierdo de vista! ¡Más ¿dónde me llevará María? ¡Ah, si me va á enseñar á todos los de la casa! ¡Qué dice? ¡Qué me han traído de parte de Manolo! ¡Qué soy bellísimo! ¡Qué tengo unos colores muy vivos! ¡Por fin, encuentro quien me aprecie en lo que valgo!

II

¡Aquí sí que luzco mi frescura! ¡Qué bien tomo el sol! ¡Quién abre la videra? ¡Es Mariquilla! ¡Sí, y ese joven que se acerca, es el que me compró! ¡Cómo se aprietan las manos! ¡La llama su nena! ¡Tonto de mí no haber caído antes! ¡Son novios! ¡Ella ha preguntado que si la gusto, y ella, le ha dicho, que tengo rosas hermosísimas. ¿Cómo? ¡Qué él conoce otras, que lo son mucho más! ¿Dónde? ¡Mal amigo! ¡Acabáramos! ¡Dice que las mejillas de su nena. ¡Siendo así, te lo perdono! ¡Gracias amiguitos, procura correspondér á vuestra promesa, de conservarme mientras viva. ¡Ya se va! ¡Átrevido! ¡Qué te ve la gente! ¡Pues no la ha besado la mano?

III

Pero señor, ¿qué sucederá? Hace quince días que Manoliyo no parece por aquí. ¡Sin duda han regañado! ¡No, pues lo que es ella, no está muy triste que digamos! ¡Todo el día se lo pasa en la ventana! ¡Anoche en lugar de entrarme al gabinete como de costumbre, me dejó al relente, y puso entre mis hojas una carta, que más tarde recogí una mano enguantada. ¡Qué lástima que la oscuridad me impidiera saber á quien pertenecía! ¡Pero no hay que preocuparse, él volverá! ¡No lo dije? ¡Debe ser ese que se ha parado en la acera! ¡Qué manera de toser! ¡Indudablemente es seña! ¡Claro, ya sale ella! ¡Friedad! ¡El la habla de su carlifo y ella le dice que le quiere como no ha querido á nadie. ¡Ingrata! ¡Olvidadiza! ¡Y Manolo? ¡También á él se lo juraste muchas veces! ¡Y hasta le diste prueba... de tus labios! Como, ¿también á este? ¡Habrás visto el infame! ¡Pues no la pide el único capullo que la rapacidad me permite ostentar! ¡No, y ella es muy capaz de dárselo! ¡No me equivoqué! ¡Ella misma se lo pone en el ojal! ¡¡humana! ¡Pero, ¿porqué se mete tan precipitadamente? ¡Qué alegría! ¡Es Manoliyo! ¡Más, ¿qué hace? ¡Arranca mi rosa á su sucesor! ¡La tira al arroyo! ¡Y le abofetea! ¡Cosa más rara! ¡Se dan la mano! ¡Cambian dos tarjetas! ¡El abofeteado se aleja! ¡Qué espera el vengador? ¡Murmura? ¡Qué no dará en adelante María las flores que yo produzca! ¡Qué irá á hacer? ¡Pero, hombre no me rompas el tierro con el bastón! ¡Claro, á fuerza de golpes he caído al suelo! ¡Me irá á trasplantar? ¡Bárbaro! ¡Salvaje! ¡También llega hasta mí tu venganza? ¡No me pisotees! ¡Qué daño te hice? ¡Infeliz de mí, me des trozas y me das á conocer algo muy acerbo, muy amargo: «la ingratitud!»

MANUEL MARTÍN CARRASCAL

Con el pre
los señores su
dores el cuader
album JOYAS

BIBLIO

Esta Bibliot
tomos en octa
páginas, con n
mo, y contiene
insignes nove
ternos, pudien
la última pala
y la economí
traduccions co
y puerilidad ap
el original.

Hasta ahora
siguientes tom
El aseninat
Carlos Barbar
Magdalena
L. Jacolliot.

El tesoro de
venson.

El crimen
por L. Jacolliot

Orso, por En

El Hijo Mal

Las lágrima

tio Housaye.

La necesidad

de Perrin.

Una orgia d

ry.

Los caballero

riane Syankie

El secreto te

lot.

Solos, por P

La Salaman

Para pedido

nistración de

za de Tetán,

JEROGLIF

S

¡Qué gran
que nos evita
como lo haco
del doctor L

RESERVADOS

PEPITORIA

CUADROS ACROSTICO UNIDOS

¿	¿	¿	¿	¿	?	?	?	?	?	?	?
¿	*	*	*	*	?	*	*	*	*	*	*
¿	*	*	*	*	?	*	*	*	*	*	*
¿	*	*	*	*	?	*	*	*	*	*	*
¿	*	*	*	*	?	*	*	*	*	*	*

Sustituir las interrogaciones y asteriscos por letras que horizontal y verticalmente expresen correlativamente en los dos cuadros:

- 1.ª línea — **FESTIVIDAD.**
- 2.ª — Ave, oropéndola. — Unir y atar a un mismo yugo los bueyes.
- 3.ª — Ave palmípeda, especie de ánade cuya pluma es muy blanca. — Despedir alguna cosa, apartar con violencia.
- 4.ª — Provincia y ciudad central de la China. — Montón de paja en el campo.
- 5.ª — Hermana de Cástor y Polux é hija de Leda. — Quien París robó y condujo a Troya. — Ciudad de Francia en el departamento del Paso de Calais.

NOVEJARQUE

Las soluciones en el próximo número

CANTARES FESTIVOS

Aunque cruces el Océano siempre te tendré presente, que sablazos como el tuyo no se olvidan fácilmente.

Hace falta un microscopio para mirarte á la cara y descubrirete los ojos.

Cuando te di el primer beso me diste la primer coja; ¡como me puse los labios de unguento y polvos de arroz!

Unos me quitan la novia, otros me quitan las penas, pero no hay nadie que quiera quitarme mis muchas deudas.

En mi vida de bohemo sólo he tenido un mal rato, una vez que tuve un duro y resultó que era falso.

A. MACÍAS RODRÍGUEZ

Asegura doña Sol que su belleza sin par se conserva, por tomar la Magnesia SAN IMOL.

TAPAS — TAPAS — TAPAS

Tenemos el gusto de ofrecer á los señores suscriptores las que tenemos confeccionadas expreso para la encuadernación del tomo primero del *album Joyas del Arte*, las cuales se hallan de venta en esta casa editorial: Plaza de Tetuán, 50. — Barcelona.

SOLUCIONES

Á los pasatiempos del número anterior

Acertijo. —

RECREACIÓN

Año Nuevo. —

TODOS: **ALMANAQUE**
1 2 3 4 5 6 7 8 9

	E	Q	U	E	L	M	E	N	A	L	U	N	A
	L	L	U	L	L	A	N	A	N				
E	E	L	E	L	A	L	A	A					
					N	M	L	N	L				
	M	A	L	L	E	N	A	L	M	A	L	A	

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- R. H. M. — Irán algunos cantares.
M. C. — Madrid. — El cuento es endiablado, muy atrevido, en cuanto al fondo, pero vale, y se publicará.
T. E. G. — Todas las poesías son lindísimas, y quedan aceptadas.
A. C. — Lérida. — Buena poesía también; *ut supra*.
B. M. N. — Valencia. — Aceptado el artículo.
A. R. L. — Zaragoza. — Irá algo.
J. R. — Segovia. — Como todo lo de usted, está repleto.
J. M. E. — Madrid. — Ya he dicho varias veces que los versos referentes á feministas perrieras no interesan más que á la víctima.
J. O. — Madrid. — La intención es buena, pero el asunto hubiera debido estar desarrollado con más arte, pues ahora resulta una simple gacetiilla. De todas maneras, no desmaye, pues no se ganó Zamora en una hora.
A. R. M. — Arévalo. — Los Cantares festivos tienen verdadera gracia.

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 55.º de regalo, del *album JOYAS DEL ARTE*.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

- El aserrador del Puente Rojo*, por Carlos Barbarrá.
Magdalena la Mendiga, por L. Jacoliot.
El tesoro del pirata, por L. Stevenson.
El crimen del molino de Usor, por L. Jacoliot.
Orso, por Enrique Syenkiewicz.
El Hijo Maldito, por H. de Balzac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenio Housaye.
La necesidad del crimen, por Julio Perrin.
Una orgía de sangre, por A. Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkiewicz.

El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Solos, por Pedro Zaccane.
La Salamandra, por Eugenio Sué.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

S K A

R. CEBALLOS RUIZ

¿Qué gran cosa es un remedio que nos evite el sufrir, como lo hace el callicida del doctor LADIVONSIM!

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL. ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

SUIZA



INFANTERÍA: SOLDADO DE LÍNEA